**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***27. La hora de las tinieblas***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***27. La hora de las tinieblas***

*Uno de los doce, el que se llamaba Judas Iscariote, fue a ver a los jefes de los sacerdotes. –¿Cuánto me dan, y yo les entrego a Jesús–? les propuso. Decidieron pagarle treinta monedas de plata. Y desde entonces Judas buscaba una oportunidad para entregarlo.* Mateo 26:14-16 (NIV).

**Introducción**

En unas pocas horas el ánimo pasa de las grandes esperanzas y expectativas a la más absoluta devastación. Después de tanto trabajo, esfuerzo y emoción, todo se acaba. Todo se resume a ese momento, el cual no resulta como ellos creyeron.

**Expectativas equivocadas**

Así debe haber sido como la gente de Jerusalén se sintió a los pocos días de haberle dado la bienvenida a Jesús con palmeras y gritos de alabanza. Ellos pensaban que habían encontrado a su rey enviado por Dios, que establecería su reino todopoderoso sobre la tierra, pero no resultó ser de esa manera. Cada historia en la vida de Israel señalaba a la venida del Mesías. El Dios de la Historia Primaria creó la Historia Secundaria completa para poder venir y estar con nosotros. Esto es todo lo que él deseaba. Dentro de la inmensidad del universo y más allá, creó un hermoso jardín. Después de crear a las primeras dos personas, Adán y Eva, descendió para comenzar a vivir con ellos. Una hermosa vida junto a su pueblo que debía extenderse por toda la historia hasta llegar a ti y a mí. Sin embargo, dado que ellos eligieron su propio plan en vez del de Dios, Adán y Eva fueron echados del jardín. El pecado –básicamente el egoísmo y el desprecio por Dios y los demás– se convirtió en la herencia de la humanidad.

Dios nunca quiso estar separado de su pueblo, de modo que prometió proveer un camino para hacernos volver, a fin de reunirse con su pueblo en una perfecta comunidad. Él puso un plan en marcha, uno que se ha estado desarrollando por toda la historia. A los judíos que estaban a cada lado de la calle de Jerusalén agitando sus ramas de palmera les parecía que este plan tenía punto culminante en la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén. ¿Pero qué hay después? ¿Qué va a hacer Jesús el Hijo de Dios para proveer un camino de regreso a Dios?

Va a morir. No va a pelear con los romanos. No va a establecer una base militar desde la cual gobernar como David o Salomón lo hicieron. No va a crear un reino en el sentido que ellos esperaban. Todo comienza con la traición de Judas, uno de los doce discípulos. Por unas simples treinta piezas de plata les dice a las autoridades judías dónde encontrar a Jesús. Lo arrestan y los discípulos se dispersan, dejando a Jesús solo. Aun Pedro, su mano derecha, se niega a admitir siquiera que conoce a Jesús. Tres veces.

**Condenado a muerte**

Los captores lo llevan ante Caifás, el sumo sacerdote. Organizan una especie de «tribunal arbitrario», completado con “testigos” ensayados que levantan falsos cargos contra él. Está claro que quieren encontrar la suficiente cantidad de evidencias como para sentenciarlo a muerte. Con todo, Jesús –el Cordero de Dios– no se defiende contra esos cargos fabricados. Inocente y sin mancha, les permite tender su trampa. Eso es parte del plan. Tiene que suceder de esa manera.

En un punto, el sumo sacerdote le pregunta a Jesús si es el Mesías. Jesús responde diciendo que desde ahora en adelante estará sentado a la diestra de Dios en el cielo (Mateo 27:64). Eso es todo. El sumo sacerdote lo acusa de blasfemia, mientras que los maestros judíos y los ancianos comienzan a golpearlo y escupirle en la cara.

Es el principio del fin.

Para poder matarlo de manera legal, necesitan la aprobación de Pilato, el gobernador designado por Roma para supervisar y tratar con los líderes judíos. Pilato no tiene interés en el asunto. Solo está intentando salvar su pellejo político y supone que la mejor manera de hacerlo es dejando decidir los líderes judíos. No obstante, por si acaso, hace que azoten a Jesús, llevando a cabo una brutal costumbre romana en la cual el acusado se ata a un poste y se le azota con un látigo que tiene objetos filosos en las puntas. Se le llamaba “el látigo con nueve correas” y literalmente arrancaba la carne hasta el hueso.

Una vez que los sádicos soldados romanos empezaron, rápidamente escalaron en su crueldad. Un soldado le hizo una corona con una enredadera espinosa –la corona de espinos– y la hundió en la cabeza de Jesús. Otro le colocó una túnica color púrpura para burlarse de su afirmación de realeza. Después lo trajeron ante los líderes judíos y les preguntaron que querían hacer con Jesús, mientras la multitud gritaba una y otra vez: «¡Crucifíquenlo!».

La crucifixión era una forma de castigo horrible reservada para los criminales más viles. Fue diseñada para asegurar una muerte lenta y dolorosa. El acusado era clavado a una cruz de madera, la cruz se elevaba y se plantaba en un hoyo en la tierra, y después todos esperaban. A veces varios minutos. A veces varias horas. El alivio llegaba únicamente con el suspiro final.

Para burlarse aún más de Jesús lo crucificaron entre dos criminales comunes. Y mientras él estaba muriendo en la cruz entre estos hombres, los soldados romanos y los líderes judíos continuaban propinándole insultos. Cuando pide agua, ellos ponen vinagre de vino en un trapo y se lo ofrecen. Mientras cuelga de la cruz, desfalleciendo, los soldados juegan un juego de azar para ver quién ganará el derecho a llevarse su ropa. Después de algunas horas de tortuoso dolor y sufrimiento brutal, Jesús muere. Para sus seguidores, ahora se ha acabado todo. «Tal vez no era el Mesías después de todo», deben haber pensado para sí mismos. “¿Cómo nos podría llegar a salvar si ahora está muerto? ¿Es que todo esto fue solo una farsa?”

**Una gran victoria desapercibida**

A aquellos que una vez se apilaron en las calles para darle la bienvenida a su Mesías esto debe haberles parecido una pesadilla, un acto cruel de un Dios caprichoso que quizás ni siquiera exista, después de todo. Ellos habían oído el increíble mensaje de que todo lo que debían hacer era creer. Con una fe sencilla, a pesar de las críticas provenientes de sus líderes religiosos, hicieron precisamente eso: creyeron.

Y ahora Jesús se había ido. En la Historia Secundaria era un desastre, un fracaso de dimensiones colosales. En la Historia Primaria, implicaba el comienzo de la mayor victoria que había sido planeada desde el comienzo de los tiempos. ¿Cómo lo sabemos? Consideremos los indicios.

Todo esto sucedió durante la semana de la Pascua. En la antigua Israel, era la sangre de un cordero la que los salvaba. Juan el Bautista presentó por primera vez a Jesús como el Cordero de Dios. El derramamiento de su sangre era necesario para nuestra salvación y Dios había seleccionado con todo cuidado el tiempo exacto para que eso sucediera. Jesús fue aún más preciso cuando oró:

“Miren, se acerca la hora” (Mateo 26:45). Después estaba Judas, que no podía saber que su rol en la Historia había sido planeado por Dios y predicho por el profeta Jeremías seiscientos años antes. Jesús hasta predijo su traición en presencia de sus discípulos cuando indicó: “Ciertamente les aseguro que uno de ustedes me va a traicionar” (Juan 13:21), y luego identificó a Judas. Este no era un acto al azar para tener un poco de plata extra, sino un paso crítico en el plan de Dios a fin de llevarnos de regreso a él.

Cuando Jesús se hallaba en Getsemaní la noche anterior a su muerte, oró al Padre: “Padre mío, si es posible, no me hagas beber este trago amargo. Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Mateo 26:39). En la Historia Secundaria, Jesús sabía lo que traía el mañana. Dolor y humillación. Una muerte física tortuosa. No obstante, el asunto más importante, el clímax de la Historia Primaria de Dios, ocurriría cuando estaba colgando de la cruz y todos los pecados de la humanidad le fueran transferidos. A pesar de su anhelo de que existiera alguna otra forma que no fuera enfrentarse con la cruz, Jesús alinea su vida con la Historia Primaria. Más tarde ese día, cuando Judas y una banda de soldados vienen a arrestarlo, Jesús le dice a Pedro: “¡Vuelve esa espada a su funda! […] ¿Acaso no he de beber el trago amargo que el Padre me da a beber?” (Juan 18:11). Dios había respondido. No había otra forma de proveer una senda para que regresáramos a él.

**Todo se cumplió**

Todo acerca de esos días finales había sido planificado profetizado. Cuando Jesús se negó a defenderse ante Pilato, estaba siguiendo el plan profetizado por Isaías: “Maltratado y humillado, ni siquiera abrió su boca; como cordero, fue llevado al matadero; como oveja, enmudeció ante su trasquilador; y ni siquiera abrió su boca” (Isaías 53:7). Cuando un soldado romano clavó una espada en el costado de Jesús mientras pendía de la cruz, ese hombre estaba siguiendo el plan que había sido escrito setecientos años antes: “Él fue traspasado por nuestras rebeliones” (Isaías 53:5). ¿Y quién hubiera pensado que Pedro, el incondicional y leal discípulo, negaría conocerlo? Solo Jesús, que predijo que eso iba a suceder. Nada de lo que ocurrió tomó a Jesús por sorpresa. Todo estaba siendo orquestado por el autor de la Historia Primaria. Cuando Jesús finalmente muere, los líderes religiosos declaran: «Él está acabado». Sin embargo, desde la cruz, Jesús clamó al dar su último suspiro: “Todo se ha cumplido” (Juan 19:30).

Desde la perspectiva de la Historia Secundaria, derrota; pero desde la Historia Primaria, victoria. Jesús sabía que había cumplido su misión en la tierra. Como el Cordero de Dios, había sido inmolado. El último sacrificio para pagar por los pecados de todos, incluyendo los tuyos y los míos. No solo por el pueblo judío, sino por los gentiles también; esclavos y libres, hombres y mujeres, todos.

Jesús no podía devolver el golpe porque simplemente no era parte del plan. No podía correr y escaparse de su cruel castigo, ya que, si lo hacía, nunca sería capaz de volver a Dios. Dios tenía que hacer algo con respecto al problema del pecado que lo mantenía lejos de la humanidad que amaba. Él tuvo que darle a su Hijo las características de un cordero para que pudiera aceptar el castigo que deberían recibir aquellos que lo merecíamos. El derramamiento de sangre en los altares de antaño era solo una reparación temporal. La única manera de demoler la barrera entre Dios y la humanidad era proveyendo un sacrificio aceptable por todos nuestros pecados, y Jesús se convirtió en el Cordero inocente cuya sangre nos limpia y nos hace nuevas criaturas. Para ilustrar la destrucción de esta barrera, en el momento en que Jesús murió, la gruesa cortina del templo que nos separaba del Lugar Santísimo, el lugar de la morada de Dios, se rasgó en dos (Mateo 27:51).

El escritor de Hebreos lo expresa mejor: *Así que, hermanos, mediante la sangre de Jesús, tenemos plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo, por el camino nuevo y vivo que él nos ha abierto a través de la cortina, es decir, a través de su cuerpo [...] Acerquémonos, pues, a Dios con corazón sincero y con la plena seguridad que da la fe, interiormente purificados de una conciencia culpable y exteriormente lavados con agua pura* (Hebreos 10:19-22).

**Conclusión**

Por supuesto, en ese momento, los fieles seguidores de Jesús no tenían idea de lo que acababa de ocurrir. El hombre que ellos pensaban que era el Mesías había justo acabado de morir. Uno de sus seguidores, José de Arimatea, recibió permiso de Pilato a fin de retirar el cuerpo de Jesús y prepararlo para la sepultura. En uno de esos momentos que conforman el «resto de la historia», otra persona ayudó a José a enterrar a Jesús. Trajo setenta y cinco libras de mirra y aloe, ricas especias y lociones para aplicarle al cuerpo de Jesús entre las capas de lino fino, según la costumbre judía (Juan 19:38-42). ¿Y quién era este hombre que amorosamente preparó a Jesús para la tumba?

Su nombre era Nicodemo, el hombre que había visitado a Jesús tarde en la noche para preguntarle lo que significaba nacer de nuevo. Creo que lo entendió, pero si todavía tenía alguna duda, pronto desaparecería.

En tres días…